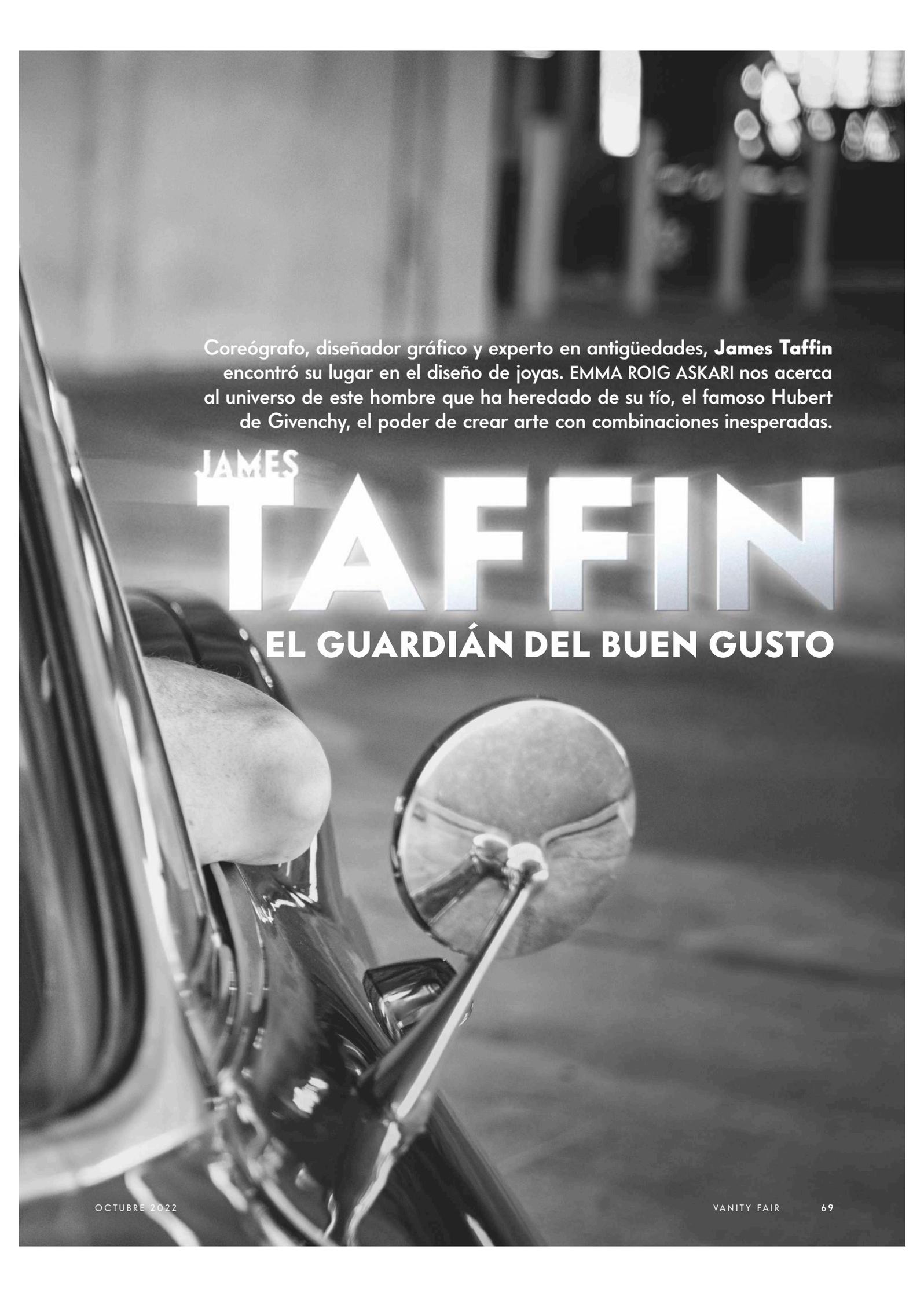


EL PERFUME DE  
SUS SUEÑOS

El diseñador James Taffin ha lanzado este año Taffin, su primera colección de fragancias.



Coreógrafo, diseñador gráfico y experto en antigüedades, **James Taffin** encontró su lugar en el diseño de joyas. EMMA ROIG ASKARI nos acerca al universo de este hombre que ha heredado de su tío, el famoso Hubert de Givenchy, el poder de crear arte con combinaciones inesperadas.

JAMES

# TAFFIN

EL GUARDIÁN DEL BUEN GUSTO



Cuesta creer que alguien que está considerado como uno de los mejores diseñadores de joyas contemporáneos llegase a este oficio por accidente tras graduarse en Danza Moderna y Diseño Gráfico (y probar suerte en el departamento de muebles de Christie's). James Claude Taffin de Givenchy (Francia, 1963) es un hombre de contrastes que de joven bailaba coreografías de Martha Graham mientras jugaba al rugby y cuyos tatuajes vencieron los tabúes de su aristocrática familia. Un esteta exquisito que diseña con perfeccionismo una pequeña pieza pero que también disfruta la velocidad de una potente motocicleta.

El diseño de joyas fue la cuarta intención de convertir sus múltiples intereses —coreógrafo, diseñador gráfico y experto en antigüedades— en una profesión. Fue un golpe de fortuna, disfrazado de mala suerte, lo que decidió su destino. En 1996, poco después de cumplir 32 años, se estableció en solitario en Nueva York. Allí, la ultrachic Nan Kempner, la gran dama de la época, fue una de las primeras en identificar el talento del entonces principiante. Así lo recuerda: “*Madame Kempner me dijo: ‘James, necesito dos anillos, uno rojo y otro azul para mis meñiques; haz lo que se te ocurra, pero lo antes posible porque son para una cena con Valentino en París’.*”

El joven diseñador trabajó sin descanso, intentando no decepcionar a una mujer que lo cautivaba y aterrizzaba a la vez. Sabía que estaba ante una oportunidad única para exhibir sus creaciones en

París ante una de las audiencias más exquisitas, poderosas e influyentes del mundo. Porque, como dijo Diana Vreeland, “no hay mujeres chic en Estados Unidos, con la única excepción de Nan Kempner”. Y Kempner era una *influencer* en una época en la que este término describía a la gente que tenía impacto entre una exquisita minoría, mucho antes de que esta palabra se aplicara al poder de los clics de las masas.

La *socialite* partió hacia París con sus anillos. La suerte estaba echada. A su regreso, Kempner llamó al joyero: “Tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles quieres primero?”. “Empieza con las malas”, le respondió él. “Verás, en el momento en el que me puse a aplaudir tras mi discurso y el de Valentino, tus anillos explotaron en mis manos y las piedras salieron despedidas por toda la sala”. El corazón de James se derrumbó. ¿Quién puede sobreponerse a semejante fiasco? Tras reunir fuerzas, se atrevió a preguntar: “¿Entonces, cuáles son las buenas noticias?”. “Bueno, querido, ahora todo el mundo sabe tu nombre”, dijo ella con la misma sabiduría que le valió para conquistar y cautivar a la capa social a la que los esnobs describen como “gente como nosotros”. A pesar de su accidentado inicio, el ascenso de James y su firma Taffin fue imparable, hasta el punto de que ahora se permite elegir a sus clientes, que esperan su turno para conseguir una de sus piezas a comisión. Algunos empiezan trayéndole una maravillosa piedra. Un valioso diamante puede acabar montado con un humilde engarce de porcelana. Su sello: mezclar *high and low* sin complejo ni intención de obedecer encorsetadas reglas burguesas de lo que se considera buen gusto. Gemas, perlas y piedras preciosas se combinan con humildes materiales como conchas o cuentas de cristal ancestrales. “Las piedras pueden ser valiosísimas, pero es lo que

#### UNIVERSOS CREATIVOS

En esta pág., joyas de Taffin y frasco de su nueva colección de perfumes. En la otra, en el sentido de las agujas del reloj, Yves Saint Laurent y Nan Kempner en 1978; Audrey Hepburn y Hubert de Givenchy en París; y rincón del ático en Nueva York de Taffin.

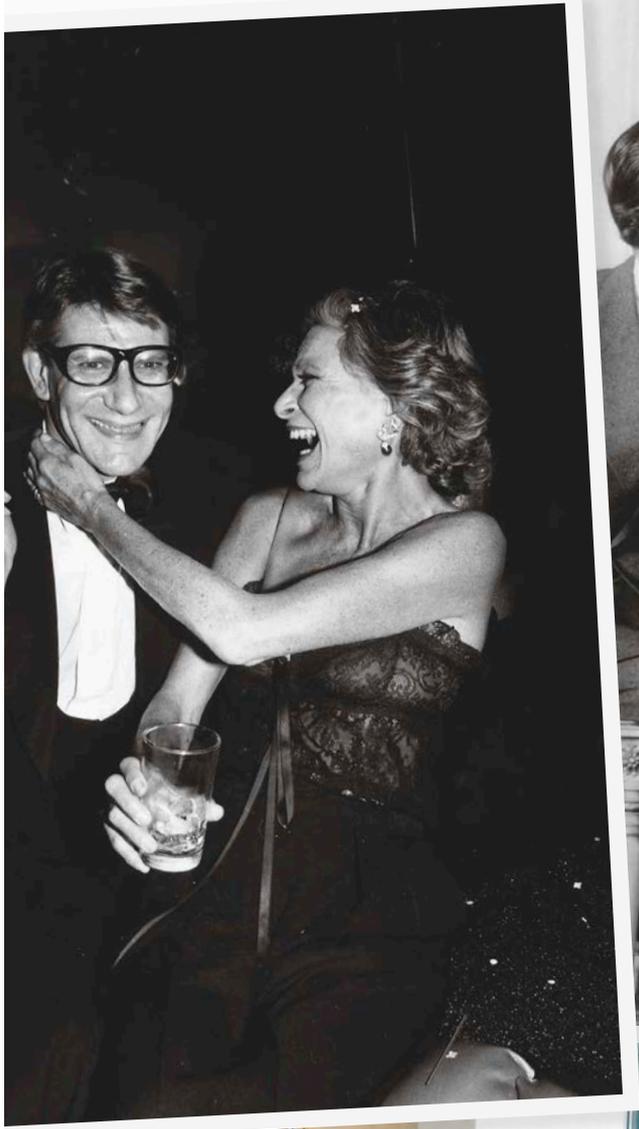
haces con ellas lo que las convierte en arte. También puede ser al revés. La primera vez que mi tío Hubert vino a verme cuando trabajaba en el departamento de joyería de Christie's, traté de impresionarlo mostrándole un gran diamante que íbamos a subastar. Él me



llevó hacia otro lado y me dijo: ‘Esta joya es de Fulco di Verdura, yo lo conocía’. Era un broche de los años treinta o cuarenta con unas piedras que no tenían el valor del lustroso brillante que le había enseñado. Es cómo se colocan y montan las cosas lo que crea belleza, no su valor intrínseco”.

## J

James parece estar genéticamente predestinado para la apreciación de la belleza. “El gusto no es algo que se aprende, hay que nacer con ello y dedicarte a descubrirlo”, dice. Es sobrino del conde Hubert Taffin de Givenchy, un coloso del buen gusto que creó el inmortal *look* de Audrey Hepburn, vistió a Jackie Kennedy e inventó el concepto del *Little Black Dress*. Coleccionar era la pasión ▶





de Hubert, quien invirtió las primeras retribuciones económicas que obtuvo con su taller de alta costura para comprar una pieza que se sumaría a los cientos de objetos que exhibió en sus mansiones, desde los girandoles de Luis XVI hasta diseños del siglo XX, como los muebles que encargó a Diego Giacometti para su *Manoir du Jonchet* o cuadros de Joan Miró. Su colección personal fue subastada por Christie's el pasado mes de junio y recaudó 114 millones de euros, el doble de lo previsto.

**P**

“Para mi tío, su pasión era la belleza, algo que lo llevaba casi a rozar lo excesivo. La manera en la que te miraba, en la que ajustaba tu *blazer* o te abría los botones... Querías presentarte siempre ante él impecable”, recuerda. “Sus casas eran muy lujosas, pero no eran museos, él vivía entre esas cosas exquisitas, se tumbaba en los sofás y comía en esas mesas de ensueño; eran espacios vividos”. Coleccionar era su pasión y el haber subastado sus posesiones como él quería le dejó un sabor agríndice, como cuando un ser querido se muere y esparces sus cenizas por el mundo. Todas las piezas representan su ideal de belleza. Las pujas llegaron de 40 países diferentes, que ahora cobijan ejemplos de este gusto excepcional. El vicepresidente de Christie's, Charlie Cator, conoció a Hubert de Givenchy en los ochenta y permaneció en contacto con él hasta su muerte a los 94 años en 2018. “Podía mezclar lo imponente con lo simple, lo riguroso con lo caprichoso. Como coleccionista, tenía una combinación mágica: su ojo infalible y la audacia para perseguir su visión”, destaca.

Visito el estudio de Taffin en Nueva York (su apellido completo es Taffin de Givenchy, cuyas raíces aristocráticas se remontan al siglo XIV). Entrar en este ático neoyorquino lacado en un tono de naranja, que es a la vez pasional y señorial, es todo un reto para los sentidos. Un brillante sol ilumina la enorme terraza que mira a la Quinta Avenida y multiplica la calidez

de los muros. “Estar rodeado de este color me hace sentir tremendamente confortable, pero es un tono que nunca utilizaría para vestir”, dice. Definitivamente, el joyero ha heredado de su tío la osadía de mezclar objetos dispares, casi contradictorios, sin más relación obvia que su particular sentido de interpretar la belleza. La alquimia funciona y gol-



pea el ojo del visitante, que se sorprende como si viera una combinación estética por primera vez.

Admirador del feng shui, James de Givenchy parece haber nacido con un sentido intrínseco, propio de este arte taoísta basado en la ocupación armónica del espacio. Exquisitos dibujos de sus joyas conviven con corales y dos cascos de moto pintados como si fueran porcelanas de la dinastía Ming. El suyo es un universo muy particular: fotos familiares, máscaras étnicas mezcladas con objetos vanguardistas, cuernos coloristas de ciervos y lemures... Cuando lo entrevisto vía Zoom durante su viaje a

Francia, percibo a través de la pantalla que en una mano lleva un anillo con su escudo heráldico y en la otra tres tatuajes. “Fue muy difícil esconder los tatuajes de mi tío y de mi padre, empecé a hacérmelos muy tarde, cuando mi hija nació”. El primero,

**ODA AL NARANJA**

James Taffin, en su ático de Nueva York, donde el color naranja es el protagonista de la decoración.

en honor a su hija Stella, que ahora tiene 21 años. El segundo, en honor de su hermano mayor, que murió muy joven; y el tercero recrea el número tres. “Aunque mi esposa y yo estamos separados, el tres sigue siendo un número mágico que nos representa con nuestra hija. Durante años, los ocultaba con esparadrapo o usando camisa de manga larga, porque en Francia los tatuajes conllevan un fuerte tabú. Mi padre los vio al final de su vida y todavía recuerdo su cara. Un anillo te lo puedes poner y quitar y distanciarte de su significado. Un tatuaje te marca para toda la vida”.

**S**

Scarlett Johansson, Marie Chantal de Grecia o Renee Rockefeller son algunas de sus clientas. A James le gusta diseñar para mujeres fuertes que lo retengan. “Muriel es una de ellas, tiene un talento inmenso que me inspira”. Se refiere a la condesa Muriel Brandolini d’Adda di Valmareno, una famosa diseñadora de interiores que conoció a través de una amiga, la también diseñadora Carolina Irving, a finales de los noventa. “Cuando me enseñó el dibujo del anillo, me sorprendió. ¡Era perfecto, no había que cambiar nada! Desde entonces, me hace dos piezas al año, una para Navidad y otra para mi cumpleaños. Mi marido, Nuno, y él tardaron un año en encontrar un par de brillantes de 11 quilates que llevo casi todos los días desde hace décadas. En otra ocasión me hizo un anillo de erizo con un zafiro redondo y una turmalina que escondía brillantes sueltos dentro, y le encargué dos. Más es más. James entiende mi imaginación indómita, sabe que estoy abierta a cualquier sugerencia. Para mí, la creatividad tiene que volar, y cuanto más alto, mejor”, dice Muriel.

Y ahora, cuando James se ha embarcado en una nueva aventura profesional en el mundo de los perfumes, su instinto para oler el talento le va a venir al pelo. Taffin, su nueva línea de fragancias, ha sido creada dando libertad a las mejores “narices” del mundo para que diseñen el perfume de sus sueños. El cielo es el límite. La belleza, la última frontera. ✦